

## LOS MONJES.

A LA MEMORIA DEL ILUSTRE

SOLANO.

¡Salve cuna del inclito Solano,  
Cuenca, virgen creyente,  
Entre grandes y célebres ciudades  
Del nuevo continente  
Candorosa, el sayal de un Franciscano  
Aclamas de rodillas  
De inocencia el rubor en las mejillas!

Si ayer asciende de la gloria al solio  
El cantor de la Alahambra y de Toledo,  
Cual un día Petrarca al capitolio;  
Y, ayer la Francia, de púrpura vestida  
Sonríe ufana desde regia altura,  
Viendo á sus piés el mundo en movimiento;  
¡ Oh tu mi Patria, sólo celda oscura,  
Entre ruinas humildes de un convento,  
Buscas para tu gloria:  
Es que allí está de un sabio la memoria !  
Y en tanto el siglo sin piedad declama  
Contra el ministro augusto,  
Indignada tu cólera se inflama  
Y doquier la Verdad enseñoreas  
En palacios, en claustros ó en aldeas.

Eres justa: no importa las naciones  
Al insultar un monge, menosprecien  
Tus joyas y blasones. . . . .  
Mas ¿ vos también América Española,  
Desconoces la aureola  
De esa luz de conventos que fulgura  
Sobre su altiva sien, luz de ventura ?

¿No es monge Franciscano aquel Marchena  
Que un pan y un vaso de agua, entre honda pena,  
Estiende al *loco* soñador de un mundo? . . .  
¡ No es él, quién poderoso,  
De la voz de Colón eco profundo,  
Al Genio saca de la empresa airoso ? . . . . .

¿ No es fraile aquel anciano  
Que de canas cubierto,  
El pié descalzo, el báculo en la mano,  
Por América avanza,  
De fatiga jadeante  
Sin temer de las hordas la asechanza ? . . . .

¿ No es él, quién, solo, heroico, denodado  
Cuando huyera el soldado,  
[Recuérdeno el Brasil y la Argentina]  
Reconquista de nuevo á los salvajes,  
Y entre ásperos ramajes  
Canta el triunfo de la fé divina ?  
¿ Y no es fraile también, el sabio Olmedo  
Que acompaña á Cortés, en la jornada ?  
¿ Al arcabuz y espada  
Cuanta sangre sustrae? . . . dño historia,  
Si guarda sus consejos, tu memoria.  
¿ Quién el trabajo agrícola fomenta,  
Y al vencido alimenta  
Con enseñanza dulce ? ¿ Quién Colegios  
De varones egregios,  
Funda al conlín de dilatados mares  
Olvidando el torreón de amados lares ?  
Cuando Odalid, caudillo revoltoso,  
Conmueve de la paz hondo cimiento,  
¿ No es Valencia, quien habla persuasivo  
Y sofoca el motín desde un convento ?  
¿ No es Luque, la palanca formidable  
Que arranca al sol su cetro diamantino?  
¿ Si él á Pizarro no le diera un sable,  
Quién trazara el camino  
En la isla memorable. á diez valientes  
Cuyos hechos asombran á las gentes ?  
¿ En Méjico, no es Gante  
Quién cambia en mendicante  
Su rica cuna, la de Carlos Quinto,  
Monarca de un imperio sin ocaso,  
Por el fraterno abrazo  
Del que infeliz se ampara de su cinto? . . .  
Mas, ¿ para qué evocar sombras pasadas?  
En un claustro también, el de *Solano*,  
Hoy se fijan innúmeras miradas;

Irradia su figura ante ambos mundos,  
El fulgor de la ciencia;  
Ella, aclara los ámbitos profundos  
De intrincada conciencia,  
Ella, el orgullo de mi patrio suelo,  
Nos levanta á la altura de su vuelo.  
Allí está! le contemplo: se pasea,  
Volúmenes hojea  
Inquieta el alma, el corazón latiente;  
Vislumbra entre tinieblas luz fulgente,  
Roma, Cartago, Grecia,  
Desde el fondo del claustro las divisa;  
De Siberia hasta el Zahara va de prisa;  
De Rusia parte á España  
De Egipto las pirámides le cuentan  
Las glorias é infortunios  
De cuantos siglos sobre sí sustentan;  
Palacios y naciones carcomidas  
Ciudades derruidas,  
Los esclavos y testas coronadas,  
Las costumbres, los vicios, las virtudes  
Todo abarca en sus fúlgidas miradas;  
Los astros, sus amigos,  
La tempestad, los vientos,  
El terrible Simoún, el aura leve  
Las estrellas, el sol, los elementos,  
El mar, que ronco brama,  
El cráter, que flamífero se inflama  
El rayo que se fragua en la alta esfera  
Los desiertos, las rocas, las montañas,  
Al sabio le revelan sus entrañas.  
Polemista y político afamado,  
Al demagogo con desdén azota;  
Sacude el fuste airado  
Ante la turba vil que al pueblo explota;  
No es sólo de la Iglesia centinela;  
El bien universal constante vela.  
Filósofo profundo,  
Investiga el pasado y el presente,  
Y con voz elocuente  
Las conquistas del genio anuncia al mundo;  
Para él, no hay vallas: su arrogante vuelo  
Se levanta hasta el cielo  
Se remonta á los antros, forcejea,  
Y al salir victorioso en la pelea  
Con las sombras que pueblan el camino,  
Ha visto el porvenir: su voz presiente  
Del nuevo continente  
Al traves de los siglos, el destino:  
Y si un día se pierde allá en la altura,

Tenebrosa espesura,  
Negros confines de la humana ciencia;  
No importa: humilde, el religioso asoma,  
Y salva su conciencia  
Ante el Augusto Tribunal de Roma.

Orador elocuente,

Aún recuerdan los fieles su mirada:  
En modesto ademán, su rostro enjuto,  
Severo continente,  
Aparece en la Cátedra sagrada  
Suena su voz: estalla como trueno,  
Se agita como mar, se encrespa y brama  
Al hablar del puñal y del veneno;

Luego baja, declina,

Exorta á la virtud, y se derrama  
Cual conciento de música divina.  
Si reconviene al grande y al avaro  
Que oprime al desvalido,  
Su voz es de las selvas el rugido;  
Si anima al infeliz, flauta doliente,  
Si llora con el pobre, triste quena;  
A lado del valiente,

El eco del cañón, que airado truena.

¡ Cuánta belleza de su númen brota !

Absorto el auditorio, no respira,

Sube, baja con el, ya se alborota,

Ya se calma de nuevo, ya suspira,

Pendiente de sus labios;

Oh mágico poder, el de los sabios !

¿ Quién me diera cantar, grande *Solano*

Tu saber, tus virtudes, tus acciones ?

¿ Del Chimborazo cano,

Quién me diera vencer los escalones,

Bregar hasta la cumbre,

Y al pálido fulgor de la ignea lumbre,

Tu espíritu evocar? . . . ¡ Cuánto ante el mundo

Revelaras feliz genio fecundo !-

¡ Oh siglo, si aun te obstinas,

Y al claustro insultas con desdén impío,

Inflamanda mi lira, te la arrojó

A probar tu valor y poderío:

Este hiriviente despojo,

Sobre tí caiga, y al caer, su fuego,

Te abraza el corazón. y luego, luego

Una hoguera atizada

Reduzca tus grandezas á la nada !

De ese boato, entonces,

Veré si quedan láminas de bronce,

Si tus ruinas pobladas de vestiglos

No espantan á los siglos !

Entre tanto una luz radiante y pura,  
Cual eterno reflejo de la idea,  
Se cernirá en la altura,  
Enxclamando del mar en las zozobras. . . .  
¡ Digno laurel de un sabio son sus obras ;

*José Mora López.*